

SEMBLANZA DE UN MILITAR INCONFORMISTA

SEGUNDO GARCÍA GARCÍA



Caballero de San Fernando por una acción heroica llevado a cabo en Filipinas, oficial por méritos de guerra y sucesivamente ascendido hasta general. Personaje comprometido en lo político, liberal, republicano y conspirador de corte romántico que llegó a representar una pesadilla para el régimen del general Primo de Rivera.

VINO AL MUNDO

En la bella comarca leonesa de las Omañas, por donde discurre el río Vallegordo, se desparraman, a modo de cubos grises sobre alfombra verde, un grupo de casas con nombre propio, Villapujín. En aquel apartado rincón de vida apacible y naturaleza deslumbrante vino al mundo Segundo García el 13 de mayo de 1874. Pertenece a un linaje conocido en la comarca como los “mairazos”, defor-

mación fonética de “los mayorazgos”. Pero a pesar de la hidalguía local por ambas ramas, la familia de Segundo no destacó por su fortuna. Francisco y Francisca, ambos García, fueron padres de catorce hijos, de los que sólo la mitad superaron la edad infantil. Los medios de vida en el valle se centraban especialmente en la ganadería, por lo que Segundo, como sus otros hermanos varones, debió dedicarse a este menester desde su primera edad.

DESTINO A FILIPINAS

Cuando Segundo fue llamado a filas, el 9 de diciembre de 1893, en la caja de reclutas de León lo destinaron al arma de caballería, probablemente por su probada destreza en montar a caballo, como era ejercicio natural entre los hombres de tierras ganaderas en la montaña leonesa. La unidad asignada al recluta de Vegapujín fue el regimiento Galicia nº 25, de guarnición en La Coruña, donde efectuó su incorporación el 7 de marzo de 1894.

El mar, la vida bulliciosa de una ciudad portuaria con su tráfico constante de viajeros y el trasiego de mercancías de todos los continentes, debió impresionar al soldado García; aquello era notablemente distinto a la quietud

invariable de su Vallegordo, a las caras conocidas de sus convecinos y al modo de vivir a que él estaba acostumbrado. Pero pronto se adaptó al novedoso marco que el bombo del sorteo le había asignado: a los siete meses de permanecer en el cuartel ascendió a cabo. Cuando llevaba cumplido la mitad de los tres años reglamentarios de servicio en filas, a finales de octubre de 1895, causó baja en el regimiento para embarcar con destino a Filipinas.

El 15 de noviembre los expedicionarios con destino al archipiélago asiático ascendían por la pasarela del vapor “Isla de Panay” atracado en el muelle de Barcelona, les esperaba una larga travesía que habría de concluir un mes más tarde en la bahía de Cavite, donde se asienta la ciudad de Manila. En la capital existía una considerable guarnición compuesta por españoles y nativos, el cabo García pasó a formar parte de las tropas de caballería. Ahora el cambio de ambiente era más radical aún que cuando se incorporó al ejército, se hallaba al otro lado del mundo, entre una población de raza diferente a la suya, y por añadidura con una situación política tensa, que presagiaba acontecimientos similares a los que se estaban viviendo en la isla de Cuba.

El estallido de la tormenta anunciada no tardó en producirse. El 26 de agosto de 1896 el capitán general, Blanco y Arenas, declaraba el estado de guerra en todo el archipiélago, desde ese momento la situación empeoró progresivamente para españoles y nativos. Segundo García conoció la insurrección de cerca. El general Polavieja, sustituto de Blanco, endureció los castigos a los insurrectos y el ejército pasó a desempeñar un papel de vanguardia en la vida de la colonia. El 25 de marzo de 1897 Segundo ascendió a sargento, un mes más tarde llegaba a Manila el general Fernando Primo de Rivera con su sobrino Miguel como ayudante. En aquellas circunstancias excepcionales conoció el sargento García a Miguel Primo de Rivera, años después uno y otro acabarían conociéndose mejor: el oficial como presidente del Directorio y el sargento como coronel en permanente estado de protesta.

Desde que estalló la revolución en el archipiélago la unidad de Segundo no cesó de patrullar por los alrededores de Manila en misiones de vigilancia y frecuentemente como fuerza de orden público. Pero fue a mediados de julio de 1897 cuando el sargento García, a las órdenes del teniente Lizarza, participó en combates de importancia frente a los focos insurrectos de Cavite. Durante todo el año recorrió a caballo los montes de Tagaitay y Taal, región agreste donde se asentaban los pueblos de Amadís, Alfonso y Méndez, de alguna manera parecidos a los pequeños núcleos desparramados por las montañas y valles leoneses. Dentro de la zo-



Barcos Estadounidenses atacando a los Españoles en la Batalla de Cavite. 1 de mayo de 1898.

zobra que se vivía en la isla de Luzón, Segundo García parecía sentirse en su elemento, patrullando al mando de un grupo de jinetes por los más inhóspitos rincones del territorio.

Con el pacto de Biac-na-Bató, por el que los dirigentes de la insurrección abandonaron Filipinas, las Navidades de 1897 volvieron a traer la paz a españoles y nativos. El sargento García, señalado ya por su valor durante los meses de la insurrección, fue reclamado por el general Ricardo Monet, comandante militar del Centro de Luzón, para hacerle cargo de su escolta personal. Así, el veterano jinete dejó Manila, incorporándose al cuartel general de su jefe, en la localidad de San Fernando de Pampanga.

Muy lejos de Filipinas, el 2 de febrero de 1898 estallaba en el puerto de la Habana el buque de guerra norteamericano *Maine*. Como consecuencia de aquel inci-

dente la potencia que abanderaba el barco declaró la guerra a España, y el movimiento insurreccional cubano, larvado en aquel momento, adquirió la máxima intensidad, para concluir en la declaración formal de independencia. En Filipinas la actitud de los líderes cubanos alentó a los cabecillas nacionalistas y el 6 de marzo de 1898 volvían a producirse los episodios de violencia separatista, pero ahora con carácter general en todo el archipiélago.

A finales de abril la escuadra norteamericana del almirante Dewey, bombardeaba Manila. La marina española en Filipinas, mandada por el almirante Montojo, capituló en Cavite después de haber protagonizado una heroica y estéril resistencia. El 12 de junio el líder Emilio Aguinaldo declaraba la independencia del archipiélago. En adelante la Historia de España se escribiría de otra manera.

LA CRUZ DE SAN FERNANDO

El ejército se opuso tenazmente al movimiento independentista tagalo. La capital, Manila, resistió hasta el mes de agosto, y en el interior la lucha fue intensa en numerosos frentes. Concretamente en el norte y centro de Luzón, el general Monet se vio cercado en San Fernando de Pampoanga a finales de mayo. La población, fiel en su mayoría a España, permaneció al lado del ejército, hasta que el 10 de junio Monet recibió la orden del capitán general, Domingo Agustí, de acudir en socorro de Manila. Dos días más tarde partía hacia la capital la columna de socorro, compuesta por un millar de personas entre españoles y nativos, de ellos 250 civiles; religiosos, mujeres, niños y cuantos temieron por su vida tras la evacuación de San Fernando; el mando de las tropas lo ejercía el capitán Felipe Dujols.

A la cabeza de la columna marchaba el general Monet que llevaba a su vanguardia la escolta, compuesta por cinco jinetes a las órdenes del sargento Segundo García. La lenta caravana, formada por treinta y dos carruajes, de ellos siete portando caudales y material militar, se vio detenida en las proximidades de la estación férrea de Santo Tomás, entre el punto de salida y la población de Macabebe. Unos 4000 hombres armados comenzaron a disparar sobre la columna, mientras un centenar cortaba la carretera mediante zanjas y barricadas.

Al tableteo de los disparos se unió un coro de gritos y lamentos proferidos por niños y mujeres

que veían en la detención el último episodio de sus vidas. El general Monet evaluó la situación en el primer momento. La única posibilidad de salir con vida era desalojar la carretera, ponerse a cubierto y desde posiciones más seguras repeler la agresión. Mandó llamar al sargento García, y le ordenó atacar a los insurrectos que les impedían la marcha. Segundo dio unas leves instrucciones a los jinetes de su mando y como un meteoro cargó al galope sobre la primera barricada, rebasándola. Eran solamente cinco los caballos que volaban sobre los espantados tagalos, pero cinco huracanes que sable en mano pusieron en fuga a los protagonistas del primer obstáculo. Aún quedaba sobre la carretera un nutrido grupo de enemigos defendiendo un largo trincherón protegido por la barricada. En un segundo asalto el sargento García y sus cuatro jinetes expulsaron igualmente a los defensores de la zanja, que precipitadamente se ponían en fuga buscando refugio en una ermita cercana.

La operación llevada a cabo por el sargento de escolta se había desarrollado en unos minutos, un tiempo en el que permanecieron con el aliento en vilo los numerosos civiles que la contemplaron. El núcleo de la caravana se hallaba más atrás, detenido, y los militares enzarzados en violento tiroteo con los individuos que desde la estación y barrio de San Matías les acosaban a balazos. Segundo García siguió a los insurrectos hasta las puertas mismas de la ermita donde se refugiaron. Pero en esta fase de la operación ya intervino el capitán Piqueras al

mando de la infantería, una tropa que multiplicó su arrojo ante el ejemplo ofrecido por los escasos jinetes de la escolta del general.

Los protagonistas de la carga recibieron fuerte castigo: Un hombre y tres caballos quedaron muertos sobre la calzada, el sargento recibió un impacto de bala en el brazo derecho, cerca de la axila, y el resto de los soldados sufrieron diversas lesiones. Pocas horas después, la columna entraba en Manila, no sin antes haber rechazado nuevos intentos de detención por parte de grupos dispersos de insurrectos. El sargento García pasó al hospital, donde permaneció durante dos semanas. Una vez superada la extracción del proyectil, se incorporó a la defensa de la capital hasta su capitulación a finales de agosto. Como recompensa por su hazaña, el sargento García fue propuesto al capitán general para el ascenso a 2º teniente, y el 28 de septiembre prendía en su guerrera la estrella de seis puntas.

A pesar de la rendición y entrega del archipiélago en agosto, la repatriación de tropas fue lenta, de los últimos en regresar a España fue el oficial García, que desembarcó en el puerto de Barcelona el 5 de mayo de 1899. ¿Qué pasaría ahora? Segundo contaba sólo 25 años de edad, era, pues, un oficial joven, pero de escasa cultura; por otra parte las disposiciones reductoras de personal en el ejército tras la pérdida de las colonias, tampoco permitían hacerse ilusiones respecto al porvenir. Como primera medida el repatriado viajó hasta Villapujín, donde se encontró a la familia de luto, hacía

solo unos días que habían enterrado al padre. La vida del pueblo ya no era para él, en adelante, permanecería en el ejército.

A su llegada a la península, García quedó agregado al regimiento de Caballería de Palencia, y en marzo de 1900 pasó voluntariamente al de Reserva nº 1 en Madrid. El destino era nominal, se trataba de uno de los encuadramientos aplicados a los militares cuando por exceso de plantillas no deseaban pasar a retiro, esta situación afectó de manera especial a los que, como Segundo García, pertenecían a la escala de Reserva.

García fijó su residencia alternativamente en El Escorial y Madrid. El sueldo era corto, máxime encontrándose en situación de actividad teórica, como era la pertenencia a una unidad de reserva. Pero el joven oficial aprovechó el tiempo, con sus escasos recursos económicos se dedicó a mejorar sus conocimientos, se hizo estudiante. En esos menesteres andaba cuando en el DO nº 96 de 1902, publicado el 29 de abril, se le concedía la Cruz de San Fernando de 2º clase por su actuación heroica en los sucesos acaecidos el 12 de julio de 1898 en la estación filipina de San Lázaro.

ESPÍRITU INCONFORMISTA

La situación de García había cambiado, ahora era todo un personaje, un oficial Caballero de San Fernando que comenzaba a relacionarse con otras gentes en ambientes de cierta distinción; pero él siguió estudiando hasta terminar el bachiller. Cuando acabó esta

primera fase de su formación, pasó a la Universidad Central de Madrid, concretamente a la facultad de Derecho, donde obtuvo la correspondiente licenciatura en leyes. Mientras tanto pasaron los años y el 28 de febrero de 1906 ascendió a primer teniente. Con el nuevo empleo logró un destino de activo dentro de su escala, le fue concedida la Sección de Tropas de la Escuela Superior de Guerra.

Soltero, culto y con un prestigio considerable dentro del ejército, Segundo se inclinó hacia la política. Probablemente su destino le facilitó relaciones e intercambio de pareceres con lo más selecto de la oficialidad de la época, una oficialidad, también, como él, notablemente politizada. En 1910 ascendió a capitán y pasó destinado al Primer Depósito de Reserva de Caballería, también en Madrid. En su nuevo destino asistió a los movimientos protagonizados por las Juntas de Defensa, con el empleo de comandante, que obtuvo en 1913. En ese momento Segundo García era la más brillante carrera de su escala y uno de los personajes señalados en la capital por sus inquietudes políticas. Asimismo, en su tierra, se había convertido en una figura de influencia creciente: se codeaba con las autoridades provinciales, acometía empresas de desarrollo comarcal, como plantaciones de pinos o instalación de granjas, y en todo momento era para sus paisanos el paño de lágrimas que con frecuencia enjugaba a costa de su generoso bolsillo.

Sin variar de situación Segundo García obtuvo sucesivamente los

ascensos a teniente coronel en 1917 y a coronel en 1921. En septiembre de 1923 el Capitán General de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, se proclamó jefe del Gobierno de D. Alfonso XIII, comenzaba un período político de carácter dictatorial que no fue del agrado de algunos militares y no pocos civiles; entre los primeros se hallaba el coronel García, rostro visible de otros militares más poderosos. Así, el que comenzó sintiendo el liberalismo como doctrina política ideal, viró en sus planteamientos y centró su pensamiento en la forma de gobierno, comenzando por oponerse al reciente Directorio, y a su antiguo superior en Filipinas, Miguel Primo de Rivera.

Las conspiraciones contra la Dictadura o más bien contra el dictador fueron inmediatas y constantes por parte de numerosos descontentos, el coronel García se hallaba presente o adherido a todas ellas, por lo que sufrió algunos arrestos en su apartamento del Casino Militar de Madrid. Pero el movimiento que habría de hacer historia en este período fue el conocido como “Sanjuanada”. El 24 de junio de 1926 se puso en marcha una vasta maniobra cívico-militar que tenía por objeto derrocar a Primo de Rivera mediante la sublevación de unidades militares, especialmente centradas en la guarnición de Valencia, después se extendería la sublevación por Cataluña y el resto de las regiones militares. Los promotores del movimiento fueron los generales Aguilera y Weyler, junto con políticos monárquicos, liberales y republicanos, como el Conde de



*Casino Militar de Madrid,
donde el Coronel García vivió
y sufrió arresto.*

Romanones, Eduardo Barriobero, Enrique Sánchez Guerra, Marcelino Domingo o Marcos Miranda; el director del movimiento en su parte ejecutiva fue el coronel Segundo García.

Protagonizando una serie de episodios rocambolescos dignos de una novela de intriga policíaca, Segundo y algunos compañeros de aventura se trasladaron a Valencia para sublevar a la guarnición. Fallaron los contactos, se vinieron abajo las adhesiones y el movimiento acabó en un escandaloso fracaso. El coronel García y todos los implicados en el complot acabaron arrestados, si bien quien se llevó la peor parte fue el arriscado militar leonés. Así como los auténticos cabecillas de la conspiración, por su condición de generales y políticos de relieve, fueron sancionados con multas pecuniarias, Segundo García fue condenado a la pena de cuatro años de prisión militar correccional por el delito

de proposición para la sedición, con la accesoria de separación del servicio. Con García resultaron condenados el capitán de infantería Fermín Galán y tres oficiales más. El consejo de guerra se celebró en Madrid el 14 de julio de 1926.

A la llegada del general Dámaso Berenguer al Gobierno, 20 de enero de 1930, una de las primeras medidas dictadas por su gabinete fue la concesión de una amplia amnistía para condenados por delitos políticos. La disposición vio la luz en el BOE de 6 de febrero, y en virtud de ella, Segundo García dio por concluida su condena, si bien desde finales de 1929 se hallaba excarcelado y cumpliendo pena de destierro. Ahora no sólo se hallaba en libertad sino completamente rehabilitado a efectos militares, por lo que pasó en situación de disponible a la 4ª región militar, fijando su residencia en Barcelona.

Segundo comenzaba ahora una destacada actividad política de carácter republicano que se vio favorecida con su traslado, a petición propia, a Madrid. A la vez giró numerosas visitas a su tierra, relacionándose con los próceres de la región, entre los que estaba considerado como una figura de notable influencia. La carrera de Segundo alcanzó su cénit cuando el Gobierno Provisional de la República lo nombró, con fecha 21 de abril de 1931, Gobernador de las Prisiones Militares de Madrid. El cargo era serio precisamente en esos momentos de alta tensión social. Y el intrépido y comprometido coronel, que en el fondo sólo era un impetuoso romántico,

al mes de tomar posesión de su cargo entregó la responsabilidad, y probablemente desengañado ante la evidencia, acabó acogéndose al decreto de 19 de junio de 1931 por el que se permitía el pase voluntario a la situación de reserva con un empleo superior.

Segundo García, el antiguo sargento de Filipinas, Caballero de San Fernando, se veía ascendido a general de brigada, con residencia oficial en Madrid y real en su tierra leonesa de Villapujín. Paseando a caballo por los valles siempre verdes de la Omaña sus paisanos le miraban orgullosos, era para todos un apóstol de la regeneración de la comarca, una figura de ámbito nacional que ahora recalaba en la patria chica, tal vez para tomar bríos con que emprender nuevas empresas políticas y sociales. Pero el general se encontraba enfermo, tal vez de cuerpo y de espíritu, el 27 de junio, hallándose en la ciudad de León, falleció inesperadamente. Por el pueblo dijeron que al día siguiente, el de las elecciones a Cortes constituyentes, tenía segura un acta de diputado por el partido Republicano Independiente.

El cadáver de Segundo García recibió cristiana sepultura en el cementerio de Villapujín, desde entonces, la calle principal del pueblo lleva su nombre. El que fuera sargento de Caballería, pundonoroso oficial, aplicado estudiante de leyes, conspirador idealista y efímero general, dejó una estela en la historia que merece un lugar de preferencia entre las figuras militares de leyenda.

M.P.